

La inteligencia de Porfirio

Héctor Vasconcelos

Porfirio Muñoz Ledo cumple ochenta años de edad. Su caso es singular, y no sólo por el inusitado vigor de su intelecto y la intensidad de su acción política en un periodo de la vida que suele asociarse con el ocaso y la fatiga. La suya es tal vez la más destacada, prolongada y cosmopolita trayectoria política en la historia mexicana de los últimos decenios, si dejamos de lado el caso de quienes han ocupado la primera magistratura del país, y si exceptuamos a Andrés Manuel López Obrador, cuyo liderazgo social y político es de aquellos que aparecen sólo unas cuantas veces por siglo. Quizá sólo Jaime Torres Bodet (uno de sus maestros) y Antonio Carrillo Flores hicieron carreras de importancia semejante. Torres Bodet tuvo una presencia internacional tan o más destacada que la de Muñoz Ledo; sin embargo, no participó ni menos generó gestas políticas internas de gran significación. La presencia externa de Carrillo Flores fue comparativamente breve y estuvo acotada a Washington.

Entre las carreras públicas más largas pienso en la de Fernando Solana, quien, entre otras muchas funciones, fue canciller —de los mejores que hemos tenido—, pero su actividad ha estado siempre localizada en México y sólo desde aquí irradió al extranjero. En el terreno intelectual, don Jesús Reyes Heróles y muy pocos políticos más pueden equipararse con Muñoz Ledo. Éste, a diferencia de los antes mencionados, ha participado en prácticamente todos los acontecimientos políticos del país durante medio siglo, ha intervenido en no pocas gestiones internacionales de México, y ha sido al mismo tiempo un referente natural, cuando se piensa en nuestro país, para extranjeros de los medios políticos, diplomáticos, académicos y periodísticos.

Su designación como coordinador general del Frente Amplio Progresista desató el encono de sus malquerientes. Los miosopes no ven más que los múltiples terrenos —y los diferentes aliados— en los que Muñoz Ledo ha dado una y la misma batalla. Lo acusan de oportunismo. No advierten que si bien ha militado en diversos partidos y movimientos y también ha operado desde la sociedad civil, su causa ha sido siempre la misma. ¿Cuál ha sido ésta? La de la inteligencia, la honestidad personal y el patriotismo aplicados a los asuntos medulares del país. En todas sus incontables responsabilidades ha desplegado la misma brillantez y el mismo desinterés por acrecentar su hacienda personal. Quienes lo acusan de veleidades oportunistas parecen olvidar la continuidad de las causas principales que ha defendido desde las diversas trincheras en que lo han colocado las circunstancias: un modelo de desarrollo cuyo objetivo central sea la disminución de la desigualdad; una postura independiente para México frente al extranjero; una vida política menos autoritaria y cupular; una reforma a fondo del Estado y de su andamiaje constitucional. No es posible soslayar el hecho de que fue Muñoz Ledo quien ideó, dentro del PRI, la corriente democrática que fue sin duda el detonante de la transición (trágicamente fallida) en que estamos inmersos. Cuauhtémoc Cárdenas coincidía por esos días con el sentir de Muñoz Ledo, y juntos abrieron un nuevo capítulo de nuestra historia política, cambiando para siempre el modelo que había subsistido desde la Revolución mexicana.

Muchos resienten la brillantez personal de Muñoz Ledo. ¿Con cuántos otros miembros de la clase política es posible hablar —en francés— de Rabelais y de Raci-

ne? Se pueden contar con los dedos de una mano. Recuerdo una ocasión en casa de la entrañable Guadalupe Rivera Marín, hija de Diego Rivera, en que Porfirio dio una auténtica cátedra sobre el muralismo mexicano al entonces embajador de Francia en México. No solamente explicó esa escuela pictórica en términos históricos y sociológicos, sino que describió las corrientes estéticas que influyeron en el joven Rivera durante sus años en París, hasta el punto en que los presentes no sabíamos ya si nos encontrábamos ante un altísimo funcionario mexicano o un profesor o un crítico de artes plásticas.

José Vasconcelos solía decir en referencia a Luis Cabrera —y aludiendo quizás inconscientemente a su propio caso— que a los líderes revolucionarios “los asustaba la inteligencia de Cabrera”. Algo de eso sucedió con Muñoz Ledo. Su brillantez tiene un anverso y un reverso. Como muchos hombres extraordinarios, es egocéntrico, narcisista, y con frecuencia lastima, acaso sin proponérselo o poder evitarlo, el ego de sus interlocutores. Desde que era un destacado miembro de la extraordinaria Generación Medio Siglo, seguramente no supo esconder, cuando le convenía hacerlo, su propia superioridad intelectual. Si alguna vez fue cierto aquello de que “en el pecado se lleva la penitencia”, lo es en este caso. Muchos de los problemas, las frustraciones y los impedimentos que Muñoz Ledo ha encontrado a lo largo de su camino pueden rastrearse en esos aspectos de su personalidad. Con todo, México necesita muchos más egocéntricos de esa talla intelectual y moral. **U**